



NUM. 24.

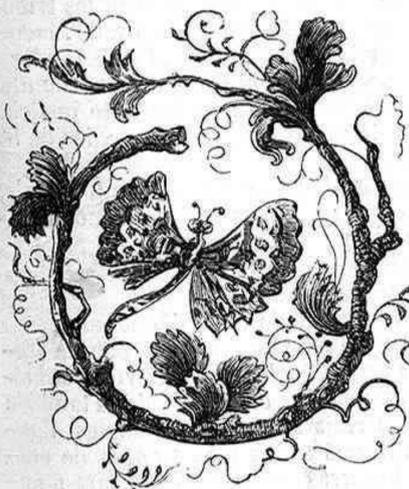
PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 11 DE JUNIO DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO IX.

REVISTA DE LA SEMANA.



¿Cuál será la suerte de Mr. Jefferson Davis? Hé aquí la pregunta que vemos estampada en todos los periódicos extranjeros, y que cada uno contesta según se deja llevar más ó menos de su cabeza ó de su corazón.

Acusado de haber tenido parte en el asesinato de Lincoln y también de alta traición por haber sido el jefe de la rebelión que ha estado á pique de dispersar las estrellas de la bandera federal, es evidente que si de él primer cargo puede salir triunfante, del segundo no: sus actos ni aun permiten la excusa de haberlos ejecutado por la violencia de su partido. Todos saben que él era el alma de la confederación y que con todas sus fuerzas se había consagrado al triunfo de los separatistas.

Peró en una guerra civil cuando ha llegado un partido á la altura que llegaron los confederados; cuando por capitulación los ejércitos han reconocido la legitimidad de la causa contraria, ¿puede tratarse como traidores á los vencidos?

Creemos que no: los que han peleado por una causa cuya justicia está cuando menos en balanza; cuando un extenso territorio la ha abrazado; cuando han sido reconocidos como partes beligerantes por otras naciones; cuando se proclama una palabra tan bella como la de independencia; es antipolítico en grado extremo el

rigor, é injustísimo el que se ejerza en unos y no en otros.

Cada partido ha de ser juzgado desde el punto de vista de sus ideas, no desde el de las ideas del contrario: pero aun no aceptándose este principio por los federales, indigno parece de la magestad de un gran país, el que la justicia tenga dos balanzas. Si creían que no era un alzamiento nacional el de los confederados, sino una rebelión, ¿por qué tratar con sus generales? ¿Por qué reconocer grados? ¿Por qué perdonar á los que con las armas en la mano han sostenido la nueva bandera? ¿Por qué desplegar todo su rigor contra los hombres civiles?

La política que parece dispuesto á seguir Mr. Johnson atraerá sobre los Estados Unidos larga cosecha de sangre y largos días de arrepentimiento.

Aun arde la guerra en un extremo. El general Kirby Smith aun no se ha rendido; Tejas persiste en la separación; allí se reunirán todos los que temen ser comprendidos en las proscripciones; allí se mantendrá un foco de insurrección difícilísimo de extinguir; aun vivirá la confederación y si complicaciones que todos los hombres pensadores miran como no muy lejanas, llegán á enturbiar el porvenir de los Estados Unidos, que hoy aparece con lejanas sombras, quizá la causa vencida encuentre auxiliares poderosos que la hagan triunfar tras de una guerra de esterminio.

Todo depende en nuestro concepto de la conducta que se observe con Davis: la de la generosidad es la única política justa y conveniente; pero por la captura de Davis se habían ofrecido 100,000 duros en vida de Lincoln: ¿se dan 100,000 duros, por el gusto de prender á un hombre, y al siguiente día dejarle en libertad? Lo dudamos, y tememos sacar consecuencias de este hecho significativo.

España, á imitación de otras naciones, ha dado por concluida la guerra entre confederados y federales, y por lo tanto sin objeto la declaración de neutralidad que tenía hecha, entre ambas partes beligerantes; en su virtud el famoso bergantín blindado de los separatistas el *Stonewall* se ha rendido á las autoridades de Cuba.

La cuestión negrera no es la que menos da en qué pensar á los norte-americanos: los negros de la Carolina del Norte han querido abandonar sus labores y se les ha prohibido severamente que dejen las plantaciones; al mismo tiempo que Mr. Chase en Charleston ha

perorado en una reunión para que se les conceda el derecho de sufragio. Ambas cosas nos parecen mal: aquello no puede mandárseles *ya*; y esto no debe concedérseles *aun*.

En Tejas donde se ha proclamado la prosecución de la guerra de acuerdo con el general confederado Kirby Smith, arman á los esclavos para que peleen en *pró de la esclavitud*. En verdad que ó no lo entendemos, ó no es oro todo lo que reluce.

No se hallan en mejor situación que los Estados Unidos, las demás naciones americanas. el Brasil, el Paraguay, Buenos Aires, Méjico y el Perú: por todas partes guerras, trastornos, movimiento de tropas y fiándolo todo á la espada, que ¡doloroso es decirlo! va á constituirse en la única razón de los pueblos. Alguna parte quizá nos toque si la revolución contra Pezet se apodera de Lima, y Chile no atiende con oído amigo, las justas reclamaciones de nuestra escuadra.

América no puede ser nunca un país indiferente para nosotros: aun se mira en España como un acontecimiento importante el que se traiga desde Méjico un trozo del tronco del sabino ó *ahuahnete*, sobre el que Hernán Cortés en la *noche triste*, como llamaron la de 1.º de Julio de 1520, se recostó llorando las desventuras de su retirada de la capital del imperio de Motezuma, de que como dice en sus cartas: «Dios sabe cuánto trabajo y peligro recibí, porque todas las veces que volvía sobre los contrarios, salía lleno de flechas y viras y apedreado.»

Grande alabanza merece don Genaro Perogordo que al volver de Méjico ha traído este recuerdo de nuestras glorias; cuanto el ministro de Marina, recibiéndolo con el aprecio debido y destinándolo al Museo Naval, que cuenta con tantos objetos que hablan al corazón de todo el que en algo tenga las hazañas fabulosas de nuestros progenitores.

Otros cuidados no obstante embargan el ánimo de España en los actuales momentos: la emisión de los títulos del 3 por 100 se ha colocado á 41 y 68 céntimos: buena colocación según dicen, que nosotros no entendemos de esto ni una palabra. Solo una cosa nos ha lisonjeado: se han ofrecido 7.000,000,000 de reales y eso prueba que apesar de todo, aun tiene crédito España.

Malo es recurrir á empréstitos; pero peor es deber y no pagar: la buena fe y el cumplimiento de los compromisos, es la prenda primera de las naciones: no, hay

otra que es primero; la de no contraer deudas, ni gastar más de lo que permiten los recursos ordinarios del Estado. Hace tiempo que todos los de Europa abusan del crédito; poniéndola en inminente peligro de una crisis que alarme á todas las clases y que retarde los progresos sociales, por una generacion.

Pero en fin, á lo hecho pecho, y si se debe, á pagar: ¡ojalá! sirva al menos el empréstito para que concluya la crisis monetaria que nos agobia y para que desembarazados de tanto papel, podamos contemplar tranquilos un duro, aunque no sea de columnas, y un napoleon aunque sea tercero.

Cierto que con todos estos empréstitos y subidas y bajadas, las naciones se empobrecen y se adineran las gentes de negocios; pero así va el mundo. Los pueblos privándose de lo preciso para pagar, y Roschild poniendo los pasamanos de las escaleras de su palacio de oro macizo; y los cuadros de la galería del duque de Morny vendiéndose á precios fabulosos; como que por un retrato de Rambrault se han pagado 155,000 francos, por un cuadro de Greutze 91,500 y por otro de Velazquez 51,000.

Lo que prueba indudablemente dos cosas: que hay mucho dinero; pero que no le tengo yo, que no he comprado ningun cuadro. Desearé lectores que no os suceda lo mismo y que os divirtais mucho.

A pesar de que la verdad es, que para divertirse y pasarlo bien, no es necesario dinero, sino humor. ¿Qué cuesta en último resultado ir á las carreras de caballos que se celebraron el 2 y aplaudir á la yegua *Querida* de don Fernando Salamanca, al caballo *Moratalla* del duque de Frias, al *Moro* de don Manuel Mendoza, y al *Si* del duque de Sesto, que alcanzaron los premios? Una miserable pesetilla y tres horas de sol muy calentito y muy rico. ¿Qué cuesta el ir al circo tauromáquico y dar veinte y cinco palmadas cada vez que un toro destripa á un caballo, ó hace rodar por los suelos á un picador ó embanasta á un torero? Seis reales y forrarse un rato el corazon con hoja de lata. ¿Qué oro ni que moro se necesita para ir á Recoletos y entusiasmarse con las figuras históricas del señor Malagarriga, que están muy bien, pero podrian estar mejor, ó con los saltos de Mr. Leotard, aunque se disloque un pie, como le sucedió el viernes penúltimo? Maldita la cosa: con un duro sale un hombre de todos estos pasos y tan contento como un millonario; si es que los millones y la alegría no están reñidos, cosa mas que dudosa. Y si aun ese duro no es fácil encontrarlo por mas que se registren tres veces los rincones de todos los bolsillos, acudid á los goces morales ó intelectuales, mas nobles y que obtendreis gratis. Volved los ojos á la isla de Santo Domingo y de seguro os saltarán las lágrimas de entusiasmo al ver la condecoracion de don Francisco Ferrari con la cruz del sufrimiento por la patria: en poder de los dominicanos veinte y dos meses ha espuesto su vida, su salud, y ha rehusado la libertad por socorrer y asistir á sus compatriotas que le han dado el título de *Padre de los prisioneros*.

Y si estimais vuestro corazon tanto que no queréis gastarlo con emociones, oid al señor Orovio en el Paraninfo de la Universidad al instalarse el día 1.º la sociedad *antropológica*, que por sino sabeis griego como á mí me sucede, quiere decir *estudio de la naturaleza humana*, según me ha explicado un amigo, inteligente en esto del *alfa, beta, gama*; y se recreará vuestro espíritu estudiando el discurso del señor ministro de Fomento, nutrido de saludable doctrina.

En fin, diversiones hay para todos: la cuestion es saber buscarlas. Sin duda, siguiendo estas máximas, porque se divertirán mas que en otra parte, han dejado á Inglaterra por la encantadora Sevilla, aposentándose en el palacio de San Telmo, los condes de Eu, los duques de Nemours y Alençon con largo acompañamiento, y en honor de tan altos huéspedes la ciudad de San Fernando prepara espléndidos festejos; al mismo tiempo que el jueves nuestra soberana volvió de Aranjuez.

Pero con las diversiones habia olvidado una noticia que va á regenerar á España, ya que á la ocasion le ha ocurrido poner el mechoncito de pelo que le queda, al alcance de nuestras uñas. Atencion: en el departamento de la guerra, de los Estados-Unidos se ha declarado cesantes á cincuenta mil empleados: hé aquí el momento oportuno de llamarlos, utilizar sus conocimientos, montar nuestra administracion y sobre todo llenar la falta de pretendientes que tan acerbamente se deja sentir en nuestro país y que es una rémora que detiene los planes mas sabios de nuestros gobernantes, que se encuentran á lo mejor sin tener quien quiera ayudarles en la penosa tarea de regir y administrar la cosa pública.

Pero aun hay tarea mas penosa y es la de ganar dinero en la empresa teatral de Mr. Girardin. Parece que este señor se ha empeñado en que ha de vencer á su adversario Dumas, en popularidad escénica y para ello va á representar su drama de *Las dos hermanas* en el teatro del *Vaudeville* de París, entrando el público *gratis*. Si en los corazones de los espectadores hay una sola chispa de honradez; ¿quién será el que permanecerá con las manos y la lengua inactivas?

Recordamos sin embargo, que allí en tiempo de Luis XIV, un mal autor se empeñó en que habia de ser célebre en el teatro, ó hizo la misma jugarreta que Gi-

rardin; dar las entradas gratis, con la condicion de que habian de aplaudir desesperadamente. Pero hubo una conjuracion, y el público atronaba el salon con las palmadas, al mismo tiempo que silbaba y gritaba: *«Muy mal, muy mal; afuera, afuera.»* ¿Por qué silbais y gritais, mal, mal, afuera, afuera, y aplaudís al mismo tiempo? preguntó encolerizado el autor á uno de los que mas se distingnían en ambos ejercicios.—Porque soy un hombre de bien, le contestó el espectador; he recibido entrada *gratis*, por aplaudir, y palmoteo; pero la comedia es detestable, mi conciencia me manda que lo diga y silbe, y silbo y lo digo.»

Si Girardin fuese un mal autor podria sucederle lo mismo.

De este temor pueden estar exentos dos niños Henry y Antonia Perry de once y quince años de edad, que han escrito y puesto en música la ópera *Les matelots du Formidable*, representada con un éxito asombroso en los teatros de París.

Si efectivamente es obra suya, precoces son los niños, y sino lo es, ingenioso el medio de llamar gente, siempre pronta á mirar con indulgencia los trabajos infantiles.

Tanto es así, que con indulgencia se ha recibido en Hungría hasta á la secta de los Nazarenos, que han caido en la niñada de declarar que es una virtud, el no pagar las deudas. Desde el primer día se han alistado infinitas personas y se cree que la mitad del mundo va á pertenecer á la secta dentro de poco.

Lo que me admira es ver lo adelantados que estamos en España, por mas que otra cosa digan envidiosos extranjeros. Cuando en Hungría se acuerdan de inventar una doctrina, aquí en Madrid estamos ya cansados de practicarla. Testigos la mitad de los sastres de Madrid, y todos los que tienen amigos en la coronada villa: si hay alguno de aquellos, ó media docena de estos á quienes no deban los parroquianos ó los íntimos, que levanten el dedo.

Pero lo que unos deben otros lo pagan: en cambio del dinero que os quitan, encontrais otras personas como yo, que, sin deberlas de tal tamaño, os dan revistas mas largas que la cuaresma. Váyase lo uno por lo otro.

Y consolaos, que probablemente será aun mas estensa la de la semana entrante.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

LEON GALINDO Y DE VERA.

ESTREMO ORIENTE.

El gobierno, las costumbres y los usos de los habitantes del extremo Oriente, completamente ignorados durante siglos enteros por la generalidad de los europeos, han empezado á perder su misterio, á consecuencia de tres poderosas propagandas, la religiosa, la comercial y la guerrera, con ayuda de las cuales, se ha pretendido y pretende plantar la Cruz del Redentor sobre las humeantes ruinas de las pagodas, trocar por fuerza lo que al Occidente sobra por lo que le falta, y hacer á cañonazos la felicidad de aquellos países, procurando imponerles nuestra civilizacion y nuestras leyes.

Los relatos de los misioneros, de los militares y de los comerciantes, con sus martirios, sus triunfos y sus especulaciones, han llamado últimamente la atencion del mundo entero, fijando su curiosidad en aquellas regiones privilegiadas por la naturaleza; y si en España no ha tenido esto lugar en el mismo grado que en otras naciones, no ha sido porque nos deban importar menos los grandes problemas de interés general, político y moral que allí han de resolverse, sino por causas especiales, hijas de nuestra situacion actual, causas que escusan hasta cierto punto la indiferencia de la opinion pública á lo que se verifica tan lejos de nuestras fronteras, causas que no es ahora del caso señalar, ni la índole de este escrito lo permitira.

Pero si bien el detenido y minucioso exámen de algunas cuestiones trascendentales, relativas al extremo Oriente, tratadas desde un punto de vista puramente científico, seria trabajo largo y enojoso para la generalidad, y superior á los esfuerzos de una pluma, que al escribir estos apuntes, lo hace buscando mas el esparcimiento que el estudio, he creído no obstante que pudieran despertar interés por ser producto de mi larga permanencia en tan lejanos países, y sin mas pretensiones que la de consignar sencillamente datos é impresiones de militar y de viajero.

I.

Admitida la máxima tan generalizada, de que los pueblos no tienen otro sistema de gobierno que el que en realidad merecen, nada me ocurre mas lógico y oportuno, para dar idea de la nacion annamita ó cochinchina, que empezar ocupándome de cómo está regida y administrada.

La estension de terreno, limitada al Norte por la China propia, al Nordeste, tambien por la China y por el golfo de Tonquin, al Sur por el golfo de Cochinchina, al Suroeste por el reino de Camboja y el golfo de

Siam, al Oeste por el reino de este nombre y por el de Laos, y al Noroeste por el mencionado reino de Laos; constituye lo que indistintamente viene llamándose reino ó imperio Annamita ó Cochinchino; pudiéndose concedérsele, en mi concepto, título de tal imperio, si se atiende á su poblacion, que pasa de treinta y cinco millones de habitantes, y á hallarse compuesto del reino de Cochinchina (Drang-trong, Annam Meridional) núcleo del actual Estado; del reino de Tunquin (Drang-ngay, Annam Septentrional); el *Tsiampa* (Binhtuam); parte del reino de Camboja, una gran parte del reino de Laos y el de Bao (Boatam); bien que haya tribus, como los *Moi*, los *Menang* y los *Layos*, que conservan de hecho su independencia por lo fragoso de las localidades que habitan; dentro sí del Imperio, pero libres de la accion del monarca annamita, que no puede llegar hasta ellas, á semejanza de lo que á la España acontece con los que resisten todavía su dominacion, en algunos territorios de las Filipinas.

El sistema de gobierno que rige en Cochinchina, es monárquico puro, y despótico en cuanto á ser el emperador árbitro y supremo juez; no debiendo dar cuenta de sus decisiones mas que al cielo, del cual se titula *hijo*, como su vecino el emperador de la China, á quien durante siglos ha pagado tributo; pero con el que procuró igualarse en soberanía, tan pronto como sucesivos aumentos del territorio de sus Estados le dieron fuerzas y seguridad bastante para declarar su completa emancipacion. Continúan sin embargo profesando los annamitas, en alta grado, el respeto al *Gran Imperio*, del que han tomado la veneracion de los ídolos, el culto de los progenitores, la escuela filosófica de Confucio, la organizacion administrativa y judicial, y hasta el código de sus leyes antiguas, reformado por Gia-Laon y Minh-Mauh, en época reciente.

Para la buena gestion de los negocios públicos, en los diferentes ramos del servicio, existen en la corte tres asambleas ó juntas, cuyas funciones son muy parecidas á las que ejercian nuestros antiguos Consejos; uno de estos cuerpos se denomina Supremo, y pertenecen á él los ministros, de los cuales, solo el presidente, tiene la honra de despachar personalmente con el emperador.

Cada provincia está regida y administrada por una junta ó tribunal compuesto de las tres autoridades principales que son:

El *cuan-doc-sanh*... gobernador y comandante general.

El *cuan-ant-sat*.... asesor en los asuntos de justicia.

El *cuan-bo-cuinh*.... intendente de rentas.

A veces se verifica, que por convenir esté bajo una sola mano un determinado grupo de provincias, el emperador nombra un gran mandarin, como virey de las que le constituyen, cuyo dignatario fija su residencia en la mas importante; pero esto no altera la organizacion de las provincias de dicho grupo, sujetas á la inmediata autoridad del virey.

La provincia se divide en tribunales mayores, llamados *Tuan-Phu*; éstos en tribunales menores, que se denominan *Nhay-Huyen*, los que á su vez se subdividen para la recaudacion de contribuciones, vigilancia y policia en cuatro ó cinco distritos *Thoung*; debiendo ser letrados los funcionarios que constituyen los tribunales, con escepcion del mandarin mas elevado, *cuan-doc-sanh*, que he dicho corresponde al gobernador y comandante general, el cual obra en ciertos asuntos asesorado con el *cuan-ant-sat* ó mandarin de justicia, que desempeña en esto análogas funciones á las de los auditores en España.

Además de estas autoridades, existen las municipales en cada pueblo, que son elegidas por los mismos habitantes y son las mas importantes:

El *ly-troung*... alcalde.

El *pho-troung*... teniente alcalde.

El *khan-thu*... recaudador de contribuciones.

Para la designacion de las personas que han de desempeñar los cargos municipales, se convoca anualmente el cuerpo electoral, que en Cochinchina tambien está compuesto de contribuyentes y capacidades, figurando entre estos últimos todos los cesantes de empleos del gobierno, los graduados en literatura mandarina, los ancianos que pasen de sesenta años y sepan leer y escribir, y los soldados, ya estén en actual servicio ó licenciados, en el pueblo de donde son naturales.

Acumulando los cargos de lo que en el sistema del gobierno absoluto se llamaba entre nosotros regidor perpetuo, la importancia de lo que hemos dado en llamar ahora satíricamente, *cacique*, y algunas atribuciones de los modernos corregidores, existe además en cada pueblo cochinchino un personaje llamado *huong-troung*, cuyas funciones son hereditarias, y cuya autoridad, mas de hecho que de derecho, es por todos acatada, hasta el punto de ser el mismo alcalde el primero de sus humildes servidores; el *huong-troung* entiende en todos los manejos de la municipalidad, favorece y procura la ocultacion de la riqueza pública, para disminuir el gravámen de los impuestos del pueblo, y se aprovecha y deja se aprovechen sus parientes y amigos de la mejor porcion de los terrenos comunales.

Tambien el mandarinete del distrito, llamado *cai-*

oung y su teniente *pho-toung*, son designados por los electores de los pueblos que constituyen la demarcación; reciben la aprobación de su nombramiento de manos del mandarín principal de la provincia; pero á los seis años de ejercicio, adquieren derecho á no poder ser removidos, sino en virtud de órden espresa del gobierno superior.

Las cargas públicas directas no son excesivas. Respecto á la contribucion de sangre, es cierto que el servicio de las armas exige la quinta parte de los hombres útiles desde la edad de veinte años á la de sesenta; pero los mas de ellos permanecen en sus hogares, á modo de milicianos provinciales, y solo un corto número de los mas robustos marcha al ejército permanente, quedando unos y otros exentos de contribuciones y servicios comunales, que gravitan únicamente sobre los hombres de la referida edad, que han tenido la suerte de librarse de la milicia: cada pueblo paga sus propios soldados y los sostiene, para lo cual contribuye á razon de 50 *ligaturas* anuales por cada uno; el gobierno mantiene y viste al soldado con esta cantidad, dándole además el sueldo de 2 *ligaturas* por mes en tiempo de paz y tres en tiempo de guerra. La contribucion directa se divide en territorial y personal, imponiéndose por la primera el pago de la décima parte en especie de todas las cosechas, y además en dinero 72 *chapeacas*, por hectólitro de arroz: el impuesto personal gravita sobre los que no poseen tierras, y se reduce á 2 *ligaturas*, ó sean 240 *chapeacas* por año.

Pero además de estas exacciones regularizadas, es infinito el número de arbitrios que inventa la fecunda imaginacion de los mandarines de todos los grados, para esquilmar los superiores á los inferiores, y éstos, finalmente, á sus administrados.

No faltan al imperio cochinchino ni leyes sabias, ni sistema en el gobierno; pero en la no observancia de las primeras, y en los abusos de los funcionarios del segundo, consisten las terribles vejaciones que aquel pueblo experimenta, sin medio alguno practicable de hacer llegar sus tristes quejas á los oídos del poderoso emperador, desvanecido y halagado por los altos mandarines que le rodean, y aparentan reverenciarle temblando; porque á los monarcas asiáticos nada les complace tanto, como la idea del gran terror que inspiran, y por el cual miden la importancia de su poderio.

Los sueldos de los empleados públicos son muy mezquinos: un mandarín de provincia de primera clase, escasamente reúne de asignacion anual 8,000 reales de nuestra moneda, y la mayor parte de los cargos y oficios del Estado, son puramente honoríficos y gratuitos; lo que no impide que cuantos los ejercen vivan en la ostentacion, y se enriquezcan en brevisimo espacio de tiempo: esto solo basta para poder formar una idea de la demoralizacion general, de la venalidad de los tribunales; y por consiguiente, del grado de abyeccion y envilecimiento en que los annamitas se hallan sumidos.

Figúrese, pues, el lector, lo que en tal pais serán las elecciones de las autoridades municipales y del *caí-tung* y *pho-tung* de cada distrito, que contiene por término medio unos diez mil electores, y hasta qué punto se ejercerá en Cochinchina la *influencia moral* sobre aquellos desdichados.

Cuando el período electoral comienza, despliegan todos sus resortes la intriga, la elocuencia y la generosidad, siendo esta última la que indefectiblemente se lleva la palma. Nada suele allegar tantos sufragios como un espléndido festin, donde abundan por docenas los puercos y los búfalos, la nevada morisqueta, y los cántaros henchidos del espirituoso licor que se extrae del arroz fermentado: durante la comida, y entre frecuentes libaciones, se pronuncian magníficos discursos, que envidiarían no pocos de nuestros muñidores de elecciones; se prometen grandes ventajas á los particulares y á los pueblos, y se procura principalmente halagar el amor propio y las esperanzas de los electores indiferentes y del bando contrario, á quienes se consiguió hacer concurrir con maña, ó seducidos por los gozes del opíparo festin: á los postres las cabezas están trastornadas, los convidados se han hecho expansivos, la efusion llega á su colmo, las rencillas se olvidan, las amistades se estrechan, y por fin de fiesta todos los asistentes firman un papel, que contiene el compromiso del sufragio.

Hay de notable en este medio de allegar votantes. que los gastos no corren de cuenta del candidato, sino que son hechos por sus amigos ricos é influyentes, que esperan el triunfo de su protegido, para resarcirse luego con usura de estas prodigalidades.

Llegado el día de la eleccion, tiene lugar tambien este acto en un convite; pero á pesar de los excesos de bebida á que con tal motivo se entregan, tienen los electores la exquisita delicadeza de no pronunciar una sola palabra que pueda herir á los de la parcialidad opuesta, lo que evita todo motivo de desórden ni pendencia, conducta verdaderamente digna de aplauso y de ser imitada por algunos pueblos que se precian de civilizados, y que llaman bárbaros á los cochinchinos.

La aprobación de las actas no siempre tiene lugar sin dificultades, abundando las protestas de la minoría; y esto ocasiona que se suspenda por largo tiempo la decision del mandarín superior, dando lugar á que otra lucha, mucho mas dispendiosa, empiece entre los

candidatos, no ya de suculentos banquetes, para ahitar un día algunos miles de hambrientos, sino de ricos presentes para tener propicio al gran mandarín y á todos los mandarinetes intermedios que han entendido en la tramitacion del asunto; resultando á veces que despues de agotar sus sacrificios las partes, se anula la eleccion, ó se procede á dividir el distrito en dos ó mas demarcaciones, para dar cabida en ellas á los distintos candidatos: en el primer caso, vuelven á repetirse las mismas escenas que hemos referido, figurando regularmente algun pretendiente nuevo, y retirándose de la lucha alguno de los anteriores, cuyos amigos han sido escarmentados y arruinados con la derrota; en el segundo, los nuevamente elevados á la tan suspirada autoridad, viéndose con menor territorio del que ambicionaban, para resarcir á los suyos y enriquecerse á su vez, multiplica el número de sus depredaciones, en razon de la disminucion de sus súbditos; viniendo en último resultado á gravitar todo sobre los desdichados que constituyen la última capa social del Estado; siendo tan desastrosos los efectos de esta cruel tiranía, que en un pais enriquecido por los mas preciosos productos naturales, que cosecha á razon del treinta por uno del arroz que siembra y en ciertos años el cuarenta; pais feraz en algodón, tabaco, seda y frutos de todo género, en cuyos montes, poblados de tigres, rinocerontes, lobos, osos, jabalíes, puerco-espines y gatos de algalia, crecen con abundancia el palo teca, el sándalo, el camagón, el ébano, el tindalo, el palo de hierro, el molave, el pino, el roble, el palo de águila y otros mil árboles preciosos hasta desconocidos en Europa; en una nacion que tantos elementos reúne de prosperidad y riqueza, vive el pueblo en la mas miserable situacion, en infectas habitaciones, mal alimentado con arroz cocido, pescado podrido, algunas frutas ó legumbres y por extraordinario un poco de carne de cerdo, cuando se halla en próspera fortuna, pero siempre los infelices que lo componen, flacos, amarillos, plagados de enfermedades asquerosas, casi todos con manchas herpéticas en su desaseada piel; y por último, degradados y encorvados ante el látigo de los mandarines, que se alojan en viviendas cómodas, limpias y lujosas.

SERAFIN OLABE.

DEMOSTRACIONES CRITICAS, PARA LOS LECTORES DE EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, IMPRESO EN ARGAMASILLA DE ALBA.

(CONTINUACION.)

Tranquilizado ya Don Quijote con esta seguridad, principia echando un taco (que sin duda era el tapon de su secreto), y pasa despues á declarar este, que se reduce á que S. M. haga que para un día señalado se junten en la corte todos los caballeros andantes que vayan por España, añadiendo como con indiferencia, que aun cuando no llegasen á juntarse mas que media docena, tal podria venir entre ellos que bastase á dar patas arriba con toda la potencia del turco (1). Aquí se detiene Don Quijote á apoyar su proposicion, y concluye: «Pero Dios mirará por su pueblo y deparará alguno, que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, no les será inferior en el ánimo (2): y Dios me entiende y no digo mas.»

Aquí pide el barbero licencia para contar un cuento de aquellos que vienen como de molde, y obtenida, sale con aquel en que figuran un loco que se dió á entender que estaba cuerdo, un capellan que así lo cree, otro loco que lo contradice, y un retor que espera á reirse á los huevos del gallo (3).

La aplicacion del cuento, el cual cayó como si fuera una bomba en medio de aquel auditorio, no podia ser mas fácil: creyeron, ateniéndose á las antes concertadas razones de Don Quijote, que estaba cuerdo, y se encontraban chasqueados, como lo quedó el buen capellan. Sin embargo, Don Quijote no podia ver eso que para todos los demás era tan claro: ¡cómo, estando él loco, habia de llegar á figurarse que por loco le tuviesen! Penetremos en su interior; él es quien ahora piensa.

El barbero ayudado de su malicia ha comprendido, que en ese caballero andante, que espero ha de bastar para la salvacion de España, me he tenido presente á mí mismo; y por eso me compara con el loco que, creyéndose Neptuno, se jactó de poder salvar á Sevilla. Yo

(1) El lector ha comprendido ya, sin que nadie se lo haya dicho, quien podria ser aquí tal. Si de ese mismo modo lo hubiera comprendido el señor Clemencin, se habria ahorrado de poner á este pasaje la nota que puso. Don Quijote no habla de la media docena, sino para llegar al tal. Buscó un rodeo para no decir por lo claro *aquí estoy yo*; ya lo dirá despues, añadiendo para que el barbero sepa que ha entendido su cuento: *que lloveré cuando se me antojare.*

(2) Aquí observa el señor Clemencin que Don Quijote se indicó á sí mismo. La penetracion del comentador corre parejas con la de la sobrina. «¡Ay! (exclamó ésta, entendiendo lo mismo que el señor Clemencin) que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante.»

(3) En la edicion argamasillesca ha desaparecido este inconveniente, que nadie habia notado ni podido rotar hasta ahora. Variacion sana: pues es cuestionable si será menos perjudicial que aguantar otras cosas aguantar la risa. No la aguante el lector; y si algun Don Quijote le preguntase, ¿de qué te ríes, Sancho? responde: ríome de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño de este almete

he propuesto un arbitrio alabándolo por sensato y oportuno, y he procurado persuadir que es lo mejor que puede salir de humana cabeza; y el loco con billetes concertados y discretos y con palabras de la misma apariencia que los billetes, deslumbró al arzobispo y al capellan. Entendido estás, barbero, dice entre sí; y encarándose con él le contesta: «Yo, señor barbero, no soy Neptuno el Dios de las aguas, ni pretendo que nadie me tenga por discreto no lo siendo.»

Así procura Don Quijote disimular su verdadera intencion y ocultar la jactancia que no habia salido todavía de su pensamiento á su boca; pero exaltándose despues, echa á rodar la modestia, y arrojando la máscara del fingimiento dice: «Y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo que lloveré cuando se me antojare;» y añade despues: «digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo.» La respuesta del barbero para calmar á Don Quijote no puede ser mas intencionada, es la interpretacion de la mente del lector: «En verdad, señor Don Quijote, que no lo dije por tanto.»

Fijándonos ahora, notaremos tantas bellezas y tantos rasgos de verdad en esa escena, que con la mayor brevedad hemos comprendido, que pasaremos de lectores á ser espectadores de ella. Las figuras de ese cuadro toman bulto y vida: sus movimientos se ven; sus palabras se oyen, las alteraciones de sus rostros se notan, sus intenciones se traslucen. Véase la sagacidad del cura al emprender el exámen completo de la sanidad de Don Quijote; la chispa, oscura todavía, que de la locura de éste se desprende; el medio ingenioso de que se vale el barbero para picar su amor propio y que se declare mas; la impaciencia del cura, que rabia por salir de su duda; el temor de Don Quijote que da largas al estado de duda de los exploradores; su salida tan conforme con su locura; el cuento tan oportuno, y tan divinamente contado por el barbero; el loco que teniendo la verdad debajo de la mano, no puede tocarla, y da sin embargo al cuento una aplicacion tan natural... Este último rasgo es de los mas felices que trazó Cervantes para pintar su loco.

Nos hemos detenido en hacer que resalte la inimitable verdad que hay en la locura de Don Quijote, porque esta locura es la rueda principal y mas difícil de toda la máquina. Demos ya lugar á otras consideraciones que contribuyan al fin que nos propusimos al escribir este párrafo.

Porque una gota de agua caiga sobre una piedra, no tiene ésta detrimento alguno; pero si en vez de ser una gota fuere una gotera continuada, señalaría el lugar de su caída en la piedra, comiéndola poco á poco.

Sufre el hombre pequeñas vejaciones que siendo aisladas, no llegan á incomodarle; pero que si se repiten sin interrupcion, son bastante causa para hacerle perder la paciencia, y hasta para sacarle de tino.

Un ejemplo de esta verdad nos ofrece Pedro, aquel cabrero que con tan buena gracia contó parte de los sucesos del primero enamorado y al fin desesperado Grisóstomo.

Dice Pedro *cris* por *eclipse*, le hace Don Quijote la correccion oportuna; y Pedro, sin reparar en niñerías, prosigue su cuento: dice luego *estil* por *estéril*; y lo único que responde al corrector es, *aestéril* ó *estil* todo se sale allá; dice, por último, *sarna* por *sarra*, y al corregirle Don Quijote, le responde ya algo amostazado: «Harto vive la sarna; y si es señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.» Se nota en este pasaje, no solamente el efecto final, sino el progresivo que produce la gota de agua en la piedra.

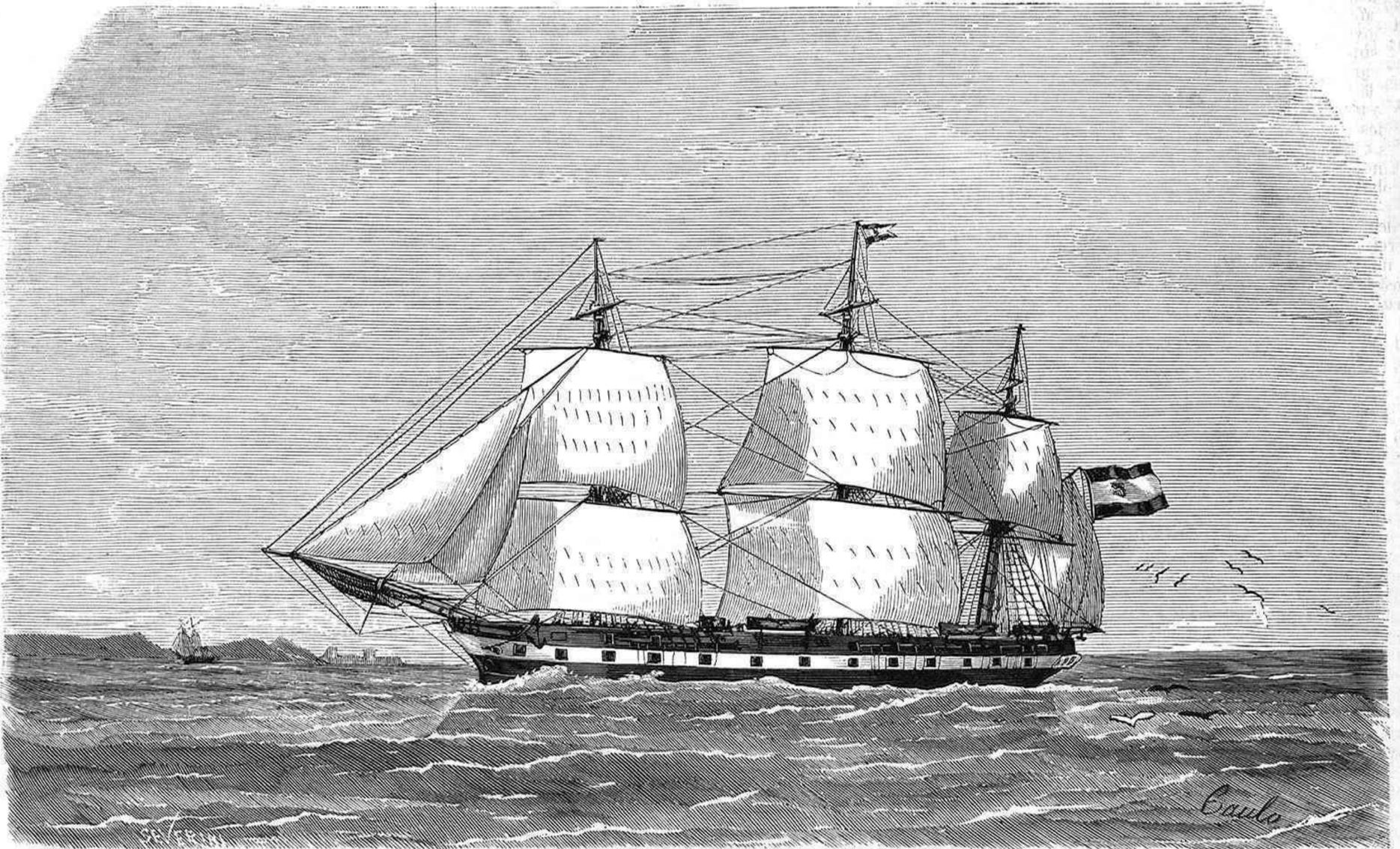
¿Quién en las primeras horas de la forzosa partida de un caro amigo, de una persona amada, no siente oprimido el corazón y que hay algo de menos en su propio ser? Se experimenta en estos casos una amargura algo parecida á la que nos produciría la muerte misma de la persona de cuya vista carecemos; y es, ¡ay! que entre la ausencia y la muerte no hay mas diferencia que la que existe entre dos esperanzas, una menos y otra mas remota.

Pues el que habiendo experimentado esa dolorosa sensacion de la ausencia quiera recordarla—mas todavía, sentirla—no tendrá mas que leer esto: «Cuéntase pues, que apenas se hubo partido Sancho, cuando Don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera.»

Sintió su soledad ¡cuánta sencillez, verdad y sentimiento hay en estas pocas palabras! Mas cuando leemos las que las siguen, bajamos la vista, como dominados por la mirada penetrante del grande escritor que tan profundo estudio habia hecho del corazón humano... Sin embargo: ojalá que siempre que tengamos que quejarnos del egoismo de un amigo, sea por la misma razon que Sancho hubiera podido alegar para quejarse del de Don Quijote.

Si un padre ve que su hijo por haber cometido una imprudencia da una peligrosa caída, su primer cuidado es ver si se ha hecho mal; pero si luego reconoce que ningun mal se hizo, deja á un lado la solicitud, y cambiando la expresion de su semblante de cuidadosa en enojada, pasa á reprender al niño por su imprudencia.

Un ejemplo análogo al que hemos puesto se ve en el siguiente pasaje: «Llegó en fin (Sancho) ya vuelto en



MARINA ESPAÑOLA.—LA FRAGATA DE GUERRA «BLANCA.»

su acuerdo, y al llegar se dejó caer del Rucio á los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse Don Quijote para catarle las heridas, pero como le hallase sano de los pies á la cabeza, con asaz cólera le dijo: «tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho. ¿Y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la sogá en casa del ahorcado?...»

Quizá se mezcló con el principal motivo que tuvo Don Quijote para reprender á Sancho, la regla de que es bueno hacer cargos para que no nos los hagan. Pero que esta regla (como la de dar celos para que no nos los den) tiene sus escepciones, lo probó el pobre escudero, contestando á su señor: «Yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen y dejan á sus honrados escuderos molidos como alheña en poder de sus enemigos.»

Entre dos personas que se estiman mutuamente y viven juntas, hay por lo general cierta alza y baja de buena armonía, segun que las relaciones que entre ellas existen se estrechan ó allojan, en consecuencia de acciones, ó apreciaciones, ó estados del ánimo, conducentes á lo uno ó á lo otro. Esta verdad se verifica en Don Quijote y Sancho, de cuyas diferencias, pequeñas unas veces, y de bastante bulto otras, saca Cervantes maravilloso partido para aumentar el interés y verdad de su fábula.

Sancho está de malísimo humor por el palo que le dieron en pago de su rebuzno, y enojado con su amo porque le abandonó guardándose para mejores ocasiones. El modo tan singular que Don Quijote tiene de revelar le la causa oculta de aquel dolor que sentía desde la punta del espinazo hasta la nuca, y el reirse el lector (1) al oír «y si mas te cogiera mas te doliera,» acaba de agotar su paciencia

y le lleva á tratar (como que la esperanza de la ínsula estaba decaída) de la positiva cuestion de salario, en cuyo ajuste se equivoca escandalosamente, en su favor por supuesto. El resultado de todos estos dimes y diretes, es mandar le Don Quijote que se vaya bendito de Dios y con todo el dinero, porque un solo paso mas no ha de dar en su compañía. Esto decia su boca, pero no lo

sentia su corazon, cuyos sentimientos y deseos se traslucen al decir el buen caballero: «¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que á pesar de tu mujer te llamarán señoría, te despides? Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo?» Sancho alloja y llora; su señor se conduele y le perdona, que era precisamente lo que deseaba; la buena armonía se restablece; pero vuelve á resfriarse, y con razon, al final de la aventura del encantado barco.

Bien aligerado de ropa, por el gran calor que hacia, estaba el vizconde de Turena asomado á una de las ventanas de su antecámara, cuando jira de Dios! siente que una mano dura y pesada como el hierro, se desploma sin compasion sobre una de sus nalgas. Vuélvese rápido como pisada serpiente á ver quién es el autor de agresion tan imprevista y traidora, y ve caer de rodillas á sus pies uno de sus criados, que con voz temblorosa le dice: «¡Perdon, monseñor!... os tomé por Gregorio, mi compañero....» «Y cuando Gregorio hubiese sido (respondió el gran Turena; frotándose con la mano la parte dolorida) ¿qué necesidad habia de haber dado tan recio? (1).»

El profundo escritor que da á conocer este rasgo, lo presenta, y somos de su mismo parecer, como un ejemplo notable de magnanimidad. Mas si ahora nos paramos á examinar (ya que él no lo hizo) cuál es la causa por qué esa accion tan sencilla conmueve tan dulcemente las fibras de nuestro corazon, hallaremos que es porque en ella vemos quebrantada una de las mas odiosas leyes de la humanidad: el abuso del mas fuerte contra el mas débil (2). No tiene escepcion esta ley: todos por ella hallamos razones para quejarnos

(1) Emilio, lib. IV.

(2) «De cualquier manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cataro.» Esto dijo Don Quijote á pesar de ser uno de los amos mas tolerantes, á su escudero.



EL DOCTOR MANNING, NUEVO ARZOBISPO DE WESTMINSTER.

(1) Lo que aquí hace reir al lector, es lo que desespera á Sancho Panza; pero están tan bien graduados los efectos, que no parece sino que Sancho Panza se carga de ver al lector reirse.

como víctimas, y motivos para acusarnos como culpados; no tiene escepcion esta ley ni aun tratándose de las madres, á pesar del inmenso amor que á sus hijos profesan.

Quizá no habrá quien al entregarse á los recuerdos de su infancia, no vea en aquel cielo de color de rosa, que lo pasado le ofrece una oscura nubecilla: la memoria de algun castigo que sufrió de su madre sin merecerlo. Un rayo de luz viene luego á iluminar y hacer que desaparezca aquella pequeña mancha; y es, el recuerdo de la indemnizacion en caricias, que por aquel castigo le dieron.

Esto que hace una madre con un hijo á quien casti-

gó sin culpa, y que suele hacerlo tambien aun castigándole con fundado motivo, hace en su tanto un amo de buenas entrañas con su criado. Por eso dijo Sancho Panza con tanta gracia como verdad á Don Quijote, que hacia poco le habia sentado dos palos por haber estado demasiado risueño y un tanto burlon: «pero vaya que todo saldrá en la colada.... y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos.» Don Quijote, aunque no le da calzas á su escudero, sin duda porque no las tenia á mano, alienta su esperanza, le pide perdone como discreto lo pasado, y le promete

que, cuando otra cosa no sea, lo que es el salario puede estar seguro de no perderlo.

Asi como es verdad que el mas fuerte suele abusar de su fuerza en perjuicio del mas débil, lo es tambien que éste suele abusar de las bondades de aquel, tomándose confianzas que no debiera. En el ejemplo anterior se nota esta doble verdad; pues si bien Don Quijote anduvo un poco manilargo, Sancho estuvo, segun su propia confesion, algo risueño en demasia. La contradiccion entre el *algo* y la *demasia* no puede ser mas natural, pues lo primero atenúa lo segundo, y Sancho hablaba en causa propia.

Don Quijote no poseia, ni debia poseer por interés



EL HOGAR.—COSTUMBRES DE ARAGON: DIBUJO DE DON VALERIANO BECQUER.

de la fábula, mas que la mitad de aquel tacto que de Hernan Cortés celebra con su acostumbrada elegancia don Antonio de Solís, diciendo: que sabia granjear los ánimos con el agrado y con las esperanzas, y ser superior, sin dejar de ser compañero. Ya en la cena con los cabreros obliga á Sancho á que se siente á su lado para que coma con él y beba por donde él, y le anima diciéndole que la caballería andante es como el amor, que todas las cosas iguala. Esta y otras bondades del amo, hacen que el criado se tome la mano en vez del pie que le dan, olvidándose á menudo de que hay que distinguir entre el que es servido y el que sirve. Esto obliga al buen caballero en mas de una ocasion á imponer silencio á Sancho; pero ni por esas: el mandato se elude, ya con éste, ya con el otro pretexto; y el escudero vuelve á las andadas.

Pero quizá nos hemos detenido demasiado en la VERDAD del *Quijote*. Si asi fuere, sirvanos de excusa el que este punto no ha sido tratado todavía con el detenimiento y preferencia que su importancia merece. El que se detenga á estudiarlo se convencerá de esta verdad, y verá con dolor y con indignacion que toman

á veces los comentadores y anotadores como torpezas de un cajista, los mas admirables aciertos de la pluma de Cervantes.

(Se continuará.)

ZACARIAS ACOSTA.

EL DOCTOR MANNING,

NUEVO ARZOBISPO DE WESTMINSTER.

Ha sido nombrado para el arzobispado de Westminster, vacante por la muerte del cardenal Wiseman, al reverendo doctor Enrique Eduardo Manning, hijo del difunto Mr. Guillermo Manning. Nació en 1809: fue educado en Harrow, colegio de Balliol en Oxford, donde se graduó en 1809. Fue despues elegido individuo del colegio Merton, y en 1834 presentado para el vicariato de Graffham en Sussex. En 1840 ascendió á arcediano de Chichester, donde permaneció hasta 1851 en que renunció su cargo abjurando el protestantismo y uniéndose

á la Iglesia verdadera. Entró en el sacerdocio, y ahora era el superior de los Oblatos de San Carlos Borromeo, compuestos en su mayor parte de clérigos protestantes que han abandonado su herejía. El doctor Manning no es aun cardenal, aunque probablemente no tardará mucho en serlo, y há pocos dias debió dejar á Londres á fin de visitar al papa, recibir instrucciones, su sagrada bendiccion y el pábulo de arzobispo.

Sus superiores talentos, sus profundas convicciones, y el conocimiento que tiene del estado y necesidades del reino de la Gran Bretaña, hacen esperar fundadamente que la Iglesia anglicana no sufrirá en su desarrollo progresivo por la muerte del inolvidable cardenal Wiseman.

EL HOGAR.

COSTUMBRES DE ARAGON.

Deseando dar á nuestra publicacion el carácter verdaderamente original y artistico que su índole requiere,

ofrecemos hoy el primero de una interesante serie de dibujos de escenas, de costumbres, tipos y trajes de las diferentes provincias de España, debidos al lápiz de don Valeriano Bequer. Hoy, que el movimiento natural de la época tiende á trasformarlo todo procurando imprimir á los diferentes pueblos de España ese carácter de unidad que es el distintivo de las modernas sociedades: hoy, que vamos siguiendo este impulso, desaparecen unos tras otros todos los vestigios del pasado, cuya pintoresca originalidad amenaza convertirse en la mas prosaica monotonia, á nadie pueden ocultarse la importancia y el interés de este género de estudios. Pensionado el señor Bequer por el gobierno de S. M. para recorrer con este objeto las diferentes provincias de España, creemos que los suscritores de EL MUSEO verán con gusto los apuntes de su cartera de viaje.

GIBRALTAR.

Allí está esa ciudad, mancha afrentosa para el manto real de las Españas; avara meretriz, sirena odiosa, que el Estrecho abortó de sus entrañas.

Allí, envuelta en sus álitos inmundos, sin placeres, virtud, ni fe, ni altares, recibe los tributos de dos mundos y contrasta la furia de dos mares.

Allí, encerrada en su fatal recinto, llena de andrajos y apilando oro, con inquietud y con la espada al cinto vela por su existencia y su tesoro.

Celoso de insolente poderío, de duro corazón y de alma helada, tiende altanero con furor sombrío sobre la España su fatal mirada.

Nada le pregunteis, nada os diría: que esa ciudad en su silencio austero no da consuelo al triste en su agonía ni palabras de amor al extranjero.

No llameis á esas puertas, dó su asiento tiene fijado la infernal sospecha... Allí el poder os roba vuestro aliento, y vuestros pasos la inquietud acecha.

Y guarda allí, cual mercader astuto, la llave de dos mares el britano, siendo de su codicia el negro fruto fuente de duelo para el noble hispano.

Que allí, dó alzado del engaño en brazos clavó el leopardo inglés su corva garra, el acero español rota en pedazos lanzó al mar la africana cimitarra.

Que esa ciudad, dó con fatal cinismo la fe se compra y el poder se rifa, vió á un *Guzman*, que con santo patriotismo, perdiendo un hijo, conservó á Tarifa.

Que al pie de ese peñon el ponto hirviente reflejara la enseña vencedora que llevara Colon al Occidente. Por eso España lo contempla y llora.

Mas ese llanto, que su angustia mide, no es tan solo una queja lastimera; ese es el llanto, que venganza pide ese es el llanto, que venganza espera.

Y venganza tendrá, sí, porque el cielo no deja impune la infernal malicia, y hay para cada llanto su consuelo, y hay para cada crimen su justicia.

¡Gibraltar! ¡Gibraltar! en sus enojos se sacia el alma de amargura al verte, y exhala entre recuerdos y sonrojos mil pensamientos de rencor y muerte.

¡Ah! cuando apuro con dolor prolijo de nuestros males la preñada copa, mi pensamiento rápido dirijo á ese cabo fatal, Punta de Europa:

Y siempre, como sombra maldecida, mi pensamiento por do quier te halla, bajo el robusto Calpe guarecida del ancho mar incontrastable valla

Y se cruzan del alma las miradas con tus miradas duras y sombrías, y oigo, cual insultantes carcajadas la salva de tus dobles baterías

Mas ¿por qué España con dolor te mira, bajo su inmensa angustia anonadada, y se cruza de brazos, y suspira, sin requerir su fulminante espada?

¿Por qué así se resigna con su suerte? ¿De tal silencio su baldon arguyo!

¿No hay vidas mil con que comprar tu muerte? ¿No hay un cañon, con que apagar el tuyo?

¡Ah! ¡callemos mas bien! se han eclipsado de nuestra gloria los radiantes soles, y con llanto no mas me han contestado todos los corazones españoles.

Tú gozas, Gibraltar, de esas afrentas, que causa son de nuestro amargo lloro, y al Africa vecina se las cuentas para consuelo del vencido moro.

Falsa reina del férvido elemento, indeleble borron de nuestra historia, tranquila empañas con tu impuro aliento de veinte siglos la radiante gloria.

Sí, porque son tus pérfidos señores los que tienen la fuerza entre sus manos; que tienen oro para ser traidores, y tienen hierro para ser tiranos.

Porque en ellos desagan á millares de la riqueza y del poder los rios, porque quiebran la espalda de los mares bajo la quilla de sus cien navios.

Mas tiembla, Gibraltar; teme que rota la valla, que la oprime en su letargo, vierta España en tu frente gota á gota de sus rencores el licor amargo.

Teme que el fuego, que su seno oculta há tantos años, con fragor reviente, y que ese mar, que tu bandera insulta, se tiña con la sangre de tu gente.

FEDERICO VELLE Y CHACON.

CUADROS CONTEMPORANEOS.

EL VIEJO VERDE.

Quien tuvo retuvo y guardó para la vejez.

El buen caballo de batalla, noble, fogoso, gallardo, que piafa brioso y lanza magistrales relinchos al sonar el clarín y al estampido del cañon, camina en su vejez pausada y tristemente con la cabeza baja, dando vueltas á una noria; pero si acierta á pasar cerca de él, un escuadron militar, ó percibe alguno de los marciales rumores que su oido conoce, irgue la cabeza, tiende la cola, eriza la crin, y dilatando las narices aspira con fuerza, como buscando el olor de la pólvora y de la sangre caliente.

Y si eso hace el bruto, á quien únicamente mueven el instinto y la costumbre ¿qué no hará el hombre que sobre la costumbre goza de la memoria, y sobre una y otra tiene las aficiones del corazón, y las vanidades del espíritu?

El que fue jugador en su juventud, de seguro no podrá ver una baraja en su vejez sin conmovirse: el anciano inválido se siente rejuvenecido al referir sus campañas: el gran Rossini, no ha mucho tiempo, regaló 40 francos á un tocador de organillo, porque le oyó ejecutar en una calle un trozo de la *Semiramis*.

¡Oh! Las aficiones que se arraigan profundamente en el corazón cuando el fuego de la juventud calienta el cayado de la aorta, solo se extinguen cuando se exhala de nuestro pecho el último aliento.

Pero, sobre todo, lo que mas se pega á nuestra infeliz naturaleza son las costumbres galantes, la pasión amorosa, la concupiscencia tierna, que es la mas pícarra de las concupiscencias.

Y como el amor hace del jóven un semidios, y del viejo un mamarracho, resulta que la jubilación del galanteador es la mas triste de las jubilaciones; es un purgatorio anticipado: es algo, parecido al martirio de Tántalo... ¡Infeliz viejo verde!

Infeliz... Digno de toda compasión.

Pues que, señores míos ¿no hay mas que haber sido rey, y encontrarse, como al despertar de un sueño, con un palo de ruda por cetro, y una rodaja de estera por corona? ¿No hay mas que haber sido *leon*, (perdónese-me el galicismo) y verse sin melena, con las uñas recortadas y despobladas las encías?

Pues todo esto, y mas que esto acontece al hombre á quien dotó naturaleza de arrogante figura, hermosos ojos, bellas maneras, y gusto esquisito; en una palabra, al buen mozo, cuando se le pone la cabeza tordilla, y arrugas implacables surcan su semblante, y desertan los dientes de su boca, y crece la barriga, y el cuello se contrae hundiéndosele la cabeza entre los hombros, y la torpeza y pesadez de su talle, piernas y brazos le recuerdan tristemente la agilidad y graciosos movimientos de otros tiempos.

El compartia con las hermosas el privilegio de adornar los paseos, los salones, los espectáculos, formando las delicias de bello sexo; él tendia su mirada triunfante por encima de los demás hombres, y recorría con la vista las filas de los jóvenes, como un propietario contempla las rósas de su jardín; él encontraba por do quiera ojos que le miraban con ternura, lindas boquitas que le sonreían deliciosamente; él se dormía por las noches saboreando los triunfos del día, y soñaba nuevos placeres para la mañana: él vivía, en fin, en una atmósfera de incienso y benjuí, rosa y azahar, todo satisfacciones todo placeres, todo delicias.

Hoy, se halla olvidado de todo el mundo, como un ser inútil; porque... ya se ve, como el amor le ocupó enteramente en su juventud, no tuvo tiempo para hacerse hombre de negocios, ni de ciencia... ni literato siquiera: no aprendió otro oficio que el de galanteador; y hoy con asombro suyo observa que su profundo saber en el arte no le sirve para maldita la cosa.

Si vuelve los ojos á sus contemporáneas, aquellas que le escuchaban con dócil y complaciente oido, y aun se esforzaban por atraerse sus favores... ¡gran dios! ¿que ven sus ojos? Esqueletos ó pandorgas, caricatu-

ras... ¡abominaciones!.. ¿Y son estas aquellas!.. Apartad, fantasmas! A vuestra vista huye el amor, como si la Siberia se le viniera encima.

Si se dirige á las jóvenes de hoy, en vano se esfuerza por llamarles la atención. Pasa desapercibido por entre ellas, como si gozara el don de la invisibilidad: sus frases mas sentidas, aquellas que en otro tiempo hacian reventar una mina, hoy no son poderosas á colorar las mejillas de una hermosa: sus volcánicos suspiros se estrella cuando mas contra un pendiente, sin alcanzar al tímpano... de creer es que si bramara como una fiera, no le prestarían atención. Tan ocupadas están las *impertinentes* en mirar y escuchar á esos trastueltos, que acaban de salir de la escuela... ¡Ay, viejo mio! si tú pudieras volver á ser trastuelo!..

Porque... «Señor don Roque de Urrutia: en la edad en la edad está el misterio.»

Pero don Roque de Urrutia hace oídos de mercader, y hasta le parece que miente el espejo; y sino lo rompe y se compra otro, es porque ha observado que de algun tiempo á esta parte todos los espejos se han vuelto embusteros.

¡Estamos frescos! Es bueno que no se casó mi hombre por no abdicar el cetro de la galantería ¿y ahora se ha de encontrar á la luna de Valencia? Pues á haberlo sabido, hubiera tomado una esposa, y hoy tendria mujer é hijos que le amasen, y su corazón no careceria de objetos en que ocuparse.

No, pues él no se entrega así como así; ni aunque quisiera es dueño tampoco de resistir á los impulsos del corazón; porque como esta viscera endiablada ha dado en la flor de no envejecer nunca, se encuentra con un rostro sesentón y un corazón de veinte años... ¡Que digo veinte!.. ¡de quince! El corazón y el caballo caminan siempre en opuestas direcciones; y así es que cuando se llega á la decrepitud, se vuelve el hombre niño de teta; ó cosa parecida.

Aunque es muy cierto que el amor propio ciega al hombre hasta el punto de que no distingue sus mas sobresalientes defectos, así físicos como morales, hay una cosa que influye poderosísimamente sobre nuestro ánimo para hacernos creer una verdad desagradable: la opinión unánime de los demás. Mi don Roque se mira al espejo y se encuentra jóven; por algun tiempo mantiene esa ilusión disparatada; pero al fin, viéndose tratado por todo el mundo con muestras de esa consideración que se dispensa á la vejez; viéndose objeto de humillante confianza por parte de padres y maridos, y observándose desatendido por las jóvenes; empieza á sospechar la triste verdad, se mira al espejo con mas atención, y parécete descubrir al fin la terrible *pata de gallo* estampada en las colas de los ojos; la transformación del color del pelo y otros deterioros que el tiempo va causando insensiblemente en nuestros frágiles cuerpos.

No por eso desespera el cid-galan, ni se rinde el ardimiento de su corazón. La industria humana que atiende solicita al remedio de todas las necesidades; ó que por lo menos lo intenta, aunque no siempre lo consigue; ha imaginado menjurges para teñir el pelo, dientes para reparar las brechas que la incuria del tiempo abre en la mas bien poblada boca, corsés para sujetar los pronunciamientos del abdomen y mil y mil recursos para falsificar la juventud, ó para mistificar al menos la vejez.

Cuando un hombre es jóven y buen mozo, le basta echarse una sola ojeada en el espejo, para presentarse en la calle, en el paseo ó en los salones, resplandeciente de varoniles atractivos. ¡Oh! la juventud es un atavío tan hermoso, que el que la posee necesita poner muy poco de su parte para ofrecer un aspecto agradable á la vista de las mujeres. Pero la juventud artificial exige mas tiempo de tocador, que el que consume la proto-coqueta.

¡Oh espectáculo humillante para la raza humana! Un hijo de Adán, un ser de la misma especie que Aníbal, Carlo Magno, el Cid y otros varones ilustres y gloriosos, se cuelga al cuello, á manera de babero, un blanco peinador, se embadurna el rostro con esos pintingues conocidos con el nombre de cosméticos; pone á contribución al albayalde, y el cinabrio; al nitrato de plata, el azufre, la cal y la tinta china; y rabiando y desesperándose, y consumiendo tiempo que debe á la oración, y dinero que defrauda al pobre, consigue al fin... ¿creis que embellecerse? no: solo consigue desfigurarse y afearse el rostro, la parte mas noble del hombre, como que es nada menos que el espejo del alma.

¿Y adonde va esa lastimosa caricatura? ¿Que papel hará en sociedad? Afirman algunos que no carece de importancia y de utilidad.

Para probarlo, dicen los sostenedores de esta opinión, que los viejos verdes sirven para tranquilizar á los maridos con su presencia inofensiva; y que algunas veces son la esperanza de las madres... Supongo yo que se tratará de las madres que tienen hijas casaderas incasables. Y añaden: que son ellos los árbitros de las diversiones de las mujeres en cuyo rededor se agitan; ellos los que hacen inscribir los nombres de las lindas bailadoras en las listas de los bailes mas elegantes y aristocráticos; ellos los que arreglan las giras y expediciones, y sirven de escuderos á las Amazonas; ellos los oráculos de los advenedizos, y los que les enseñan á

algastar el dinero. A ellos se consulta sobre las modas antiguas y modernas; y finalmente ellos suelen ser confidentes y secretarios de aquellas mujeres á quienes un marido imprudente ó grosero, entrega á los peligros del abandono y del olvido.

Sin duda se les ha olvidado añadir que son ellos tambien la diversion de la gente jóven, á la que suministran abundante objeto de risa sus lánguidas miradas, ternas sonrisas, y galanterías almibaradas.

Sin embargo, fuerza es confesar que sus cualidades valen algunos favores mas ó menos positivos, cuando perseveran en sus manías; pero es bien cierto que allá á la media noche, al apagar su luz y encontrarse á solas consigo mismo, mi señor don Roque, pesa y mide mentalmente la realidad de su vida, la compara con los tiempos que han pasado para él, aquellos deliciosos tiempos en que querer era conseguir; y le consume el despecho, y maldice su vejez, y se prolonga su penoso insomnio, y al día siguiente echa una hora mas de tocador.

Jamás sintió mayor necesidad de amar y ser amado; y muchos de ellos desesperanzados de recolectar frutos en los antiguos campos, echan por esos trigos... del diablo (fuera blasfemia decir de Dios), y una bailarina, una corista ó una cortesana, se encarga de dar el merecido premio al que no sabe honrar sus canas, ni se determina á aceptar el papel que la sabia naturaleza le designa.

Buscar amor nuevo en la vejez... ¡Insigne necedad! Debilidad lamentable!...

Porque tres clases de cortesanos se ven en el alcázar del amor: corazones fogosos de diez y ocho á veinte años: imaginaciones ardientes de veinte y cinco á cuarenta: mamarrachos imbéciles de cuarenta á cincuenta. El papel que representan estos últimos no es muy envidiable que digamos.

Pero á decir verdad, no siempre es desgraciado en sus empresas el viejo verde. Como la mujer es un abismo insondable de desconocidas cabidades; una naturaleza errática, cuyas inclinaciones no pueden determinarse por reglas fijas; un volcan oculto que no se sabe por dónde ha de verificar la erupcion; acontece en ocasiones que uno de esos carcamales remontados, arrebatado el corazón de alguna de verdadero mérito.

Tal suele ser el resultado de la táctica amatoria de esa porcion estrambótica del género humano: táctica hábil verdaderamente, pues aunque compuesta de sofismas, no carece de sus ribetes de verdad.

Asi como las madres son por lo general cuidadosas de sus hijas respecto á los jóvenes peligrosos, son en extremo confiadas cuando se trata de hombres de edad, aunque pertenezcan á la ilustre clase de galanes en conserva; porque ¿cómo sospechar siniestras intenciones en un viejo? Y sobre todo ¿cómo imaginar que la muchacha pueda enamorarse de un gallo ya sin espollones?

Héteme, pues, á mi hombre en completa libertad, y desembarazado para esgrimir sus armas.

Si es tonto además de viejo, nada hay que temer; pero si tiene algun talento, y sobre todo el suficiente para desconfiar de los medios de seduccion empleados ordinariamente por los jóvenes, en ese caso hay algunas probabilidades; porque como no fia en su personal, que á la verdad es inofensivo, dirige mas certeramente sus ataques.

Estos se reducen á inculcar en el espíritu de la mujer ciertas ideas, lo cual no es muy difícil cuando se sabe ataviarlas con colores que halaguen la vanidad ingénita de aquella.

«La nobleza, la riqueza, el atavío de la mujer es su hermosura. La plebeya, la pobre, la sencilla hermosa, está por encima de una princesa que no lo sea.»

«El hombre no tiene edad, ni es jamás feo ni hermoso. Su talento y su fortuna (esto último se suprime caso necesario) son la mejor garantía de felicidad.»

«Los jóvenes son volubles, incapaces de apreciar lo que vale el corazón de una mujer amante: egoístas, atentos solo á sus propios goces y satisfacciones: indiscretos, hasta el punto de no reparar en comprometer la reputación de la mujer que se sacrifica á ellos, con tal de proporcionar una menguada satisfacción á su amor propio: carecen de esperiencia, y no saben hacer feliz á su amada.»

«El hombre que ha recibido ya muchos desengaños de los demás y de sí mismo, que amaestrado por la experiencia sabe distinguir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo; ese solo es capaz de concebir una pasión verdadera, sólida, eterna.»

«Esta diferencia hay entre el corazón de un niño y el de un hombre (escribia cierto galán en vías de jubilación á una lindísima jóven): que aquel es de barro tierno donde se graba fácilmente una imagen, que las primeras aguas venidas borran completamente: el segundo es de mármol, donde cuesta trabajo esculpir, pero que una vez logrado, dura la imagen tanto como la piedra.»

«La idea de la hermosura y de la juventud, es una idea frívola solo existente mientras no se ama: una vez ligados dos corazones se pierde la conciencia de la edad y de la belleza respecto á la persona amada: el cuerpo desaparece por decirlo así, para quedar solo el alma, que siempre es jóven y hermosa.»

«Por eso vale mas el hombre de talento y de corazón, viejo y feo, que el jóven hermoso, necio y egoísta.»

Estos principios filosóficos de la escuela amoroso-monumental, desenvueltos en discursos ligeros de formas agradables, procurando siempre no hacerse pesado, y sobre todo no demostrando pretensiones personales, al menos en los principios; pueden ir formando el fondo del corazón de una niña inesperta; y si se los alterna con estudios sobre las cualidades físicas y morales de ella misma, manejando con mano maestra el incensario, es muy posible que sus aromáticos vapores, produzcais vértigos favorables en su débil imaginación.

Si eso consiguen... ¿qué general quedó mas ufano de una victoria? ¿qué sabio se sintió mas feliz despues de resolver un gran problema?

Los triunfos en amor á la vejez son infinitamente mas sabrosos que en la juventud. Esta retoña al calor de una pasión que se hace tanto mas violenta cuanto mas inesperada era la correspondencia.

Decidle entonces al rancio galán que ya pasó para él la edad de los amores, que ya no es jóven, que ya es viejo: él se reirá de vosotros, y se reirá de buena fe, porque efectivamente queda persuadido de que se engañó él mismo cuando se creyó jubilado, y olvidando, ébrio de placer, que debe al arte su conquista, llega á atribuirle á sus gracias personales.

Dejadlo. No turbeis su felicidad... Es por demás corta, y desabrido su fin; porque el amor en la vejez es mas expresivo en sus formas que en la juventud, lo cual atrae el ridículo y la burla sobre sí, y sobre la pobre niña que perdió el juicio en hora menguada, y eso deja corrido al galán y acaba por enfriar el corazón de la dama; porque los celos en la edad madura, son mas violentos; por cuanto la conciencia advierte de continuo al enamorado que usurpa un bien que no le pertenece, que pisa un terreno que no es el suyo, y á cada punto teme verse despojado de su inesperada fortuna: celos que fatigan á la víctima, y acaban por fastidiarla, y finalmente, porque el día en que cae la venda de los ojos de ésta, no queda al viejo verde ni el consuelo de que su ex-amada le odie, ni aun que le desprecie... ni siquiera que se le muestre indiferente. El asombro y la vergüenza que ella experimenta, y no oculta, de haberse podido alucinar por semejante carcamal, es una humillación para el pobrete, que seria capaz de acabar con su vida... si no le alentara la esperanza de una nueva conquista, y si una mano invisible no le empujase fatalmente hácia el camino que está condenado á recorrer hasta la muerte.

Hé aquí el epitafio que yo pondría sobre su tumba:
Hasta los cuarenta años fue perjudicial á la sociedad.

*De cuarenta á cincuenta se perjudicó á sí mismo.
De cincuenta arriba divirtió á las gentes.
Hombre malo.*

*Caricatura risible.
Las malas que crecen sobre su tumba,
es lo único bueno que ha producido en el mundo.
Séale leve su necesidad.*

JUAN ANTONIO ALMELA.

MARINA ESPAÑOLA.

Nuestra marina de guerra, bien mal parada desde el memorable suceso de Trafalgar, acaba de prestar á su nación grandes servicios, contribuyendo en estos últimos años en el litoral africano, en Cochinchina, en Santo Domingo y en el Perú, á resolver en cuanto de su parte ha estado, favorablemente, las cuestiones de guerra que en nuestra política han surgido.

Pocos buques tenemos, pero buenos segun la opinion autorizada de los extranjeros: y de los que publicaremos varios dibujos hechos por el señor Caula, persona inteligentísima en el ramo y que darán á nuestros lectores una idea aproximada de ellos, empezando hoy por el de la Blanca.

Esta fragata fue construida en el Ferrol en el año 1859. Tiene la fuerza de 360 caballos, 38 cañones, y su andadura es de 10 á 11 millas por hora con vela, y de 12 á 13 con el auxilio de la hélice.

EL SOL DE PERICO.

(CONTINUACION.)

III.

Perico no comprendia el lenguaje del inteligente Leal. Pero, aunque holgazan y mal avenido con el apodo de su padre, tenia un buen fondo, un bello corazón, que hubiera hecho maravillas, si la cabeza le hubiese acompañado con la base de un buen temple de alma. En una palabra, Perico sentia; pero falto de fuerza de voluntad y débil de espíritu como flojo de cuerpo, caia en una especie de enervamiento físico y moral, que le inclinaba constantemente á la inacción y al amor al ocio, que él habia traducido desde niño por gusto de *ver el sol*.

Perico, no bien hubo quedado solo, empezó á dar vueltas á las sentidas palabras de su padre, y por la primera vez de su vida, se lamentó formalmente del

tiempo perdido, recordando los afanes de su madre que con ese nobilísimo orgullo propio del corazón de las buenas madres, habia sugerido al tío Juan la idea de que su hijo único cultivase la inteligencia en vez de destripar los terrones que formaban su capital. El tío Juan, á fuerza de sacrificios, habia llegado, en efecto, á poner á su hijo en camino de lograr una buena instrucción y de ser algo en el mundo.

El algo que hubiera podido ser Perico, se habia puesto cien veces en tela de discusión, con el candor admirable con que tratan los padres del porvenir de sus hijos, por el tío Juan y su mujer, que al fin abandonó la tierra con el fundado temor de que su hijo no llegaría á ser nada; si bien, la ciega afición que á ver el sol mostraba el chico, hubiera podido hacer confiar en su futura fama de eminentísimo astrónomo, tal que el canónigo Copérnico con sus *Revoluciones Celestes* y Kepler con sus *Leyes*, fuesen á su lado niños de teta.

La verdad es que alguna de las tumbaderas en que el sol le dió bien de plano, costó á Perico una terrible insolación y á la tía Antona muchos días de angustia y largas noches de inquietud á la cabecera de la cama del muchacho.

—Perico,—le decia la pobre mujer cuando le encontraba tumbado á la puerta de casa, con la vista fija en el firmamento y con las manos cruzadas sirviendo de almohada á su cabeza, mientras el caton y el catecismo yacian á sus pies, faltos de las hojas del principio y del fin, que una tarde se habia merendado Leal, porque el rapazuelo se las habia arrojado envolviendo algunos pedazos de *borona*, que así se llama en Asturias al pan de maíz.

—Perico,—digo que decia la pobre madre,—¿qué *jaces* ahí, rapaz, maldito de cocer, que siempre te has de encontrar con las cuerdas flojas?

—Madre, déjeme ver el sol. ¡Si viera, madre, qué gusto es ver el sol!

—Para tí siempre hace sol, Perico. Aunque llueva, truene, granice ó caiga nieve, dentro ó fuera de casa, de noche lo mismo que de día, tú siempre *quieres* ver el sol. Dios haga que no te dé el sol mas que quieras.

—Pero, Virgen del Carmen, ¿á quién *sal* este rapaz? continuaba en tales ocasiones y hablando consigo misma la tía Antona. ¿A quién *diñi* se *paéz*? El padre siempre está afanado en el trabajo y por su *man* *quier* que pase todo, por ir ahorrando, ahorrando *pa* este *mangollon* de rapaz que me ha de quitar la vida. Y lo que es á su madre *maldita* la que se *paéz* tampoco. No, mi alma, que del hogar á la cuadra, de la cuadra al pajar, del pajar vuelta á los pucheros, yo no huelgo un minuto ni me siento mas que *pa dale* á la rueca y *pa reglale* la ropa al mio marido y á este destrozon de rapaz que me ha de quitar la vida.

A la mitad ó al fin de las lamentaciones de la tía Antona solia aparecer el maestro del pueblo gritando: «Tía Antona, tía Antona. Ese chico no asoma por la escuela, ó si asoma es por ver si asoma el sol, como él dice y para tumbarse en el banco. No puedo hacer carrera de él, por lo que voy creyendo que es inútil que piensen usted y el tío Juan en darle carrera, como no sea de baquetas.»

—Calle usted, por Dios, señor maestro, le contestó un día la tía Antona, que me veo perdida con este demonio, y se me parte el alma al *arrear* que no aprovecha los sudores del padre. El domingo fuí á la villa y le compré un catecismo, por ver si aprende siquiera los mandamientos de la ley de Dios y los pecados capitales, *pa* que aprenda de paso á *tenenos* ley y á *honranos* y á desechar la pereza, que ese ha de ser siempre su pecado capital.

—Pero, tía Antona, ¿á qué gastar en catecismos, si aun no lee en el caton el muchacho? ¡Bonitos tiene Perico los libros! Echese usted á discurrir, tía Antona, en qué se parece el caton de Perico á Dios?

—Buena estoy yo *pa* *discurrimientos*, cuando el rapaz me *tien* rota la cabeza.

—Pues el caton de Perico se parece á Dios en que no tiene principio ni fin. Y lo mismo le sucederá al catecismo. Y en cuanto á lo de honrar padre y madre obediéndolos y siguiendo su buen ejemplo, y á lo de desechar la pereza, poniendo en contra la diligencia, santo y bueno es aprenderlo en la doctrina cristiana; pero malo es que no salga ello de dentro, como de fuente natural de las prácticas del cristiano. Que alguno conozco yo, que no ignora que el segundo y sétimo mandamientos dicen *no jurar* y *no hurtar* y que jura y vota y echa por la boca sapos y culebras, y lleva al su monton *maquillas* enteras de grano ageno, con tal afición á hurtar, que con el filo de su lengua rebana la honra del prójimo, sin pensar en echar remiendos á la propia.

El sentencioso maestro del pueblo, que es á la vez el sacristan de la iglesia y maestro de capilla, bajo, tenor y hasta soprano, que canta en las misas solemnes su *Credo* con mas fervor lírico y religioso que el mismo *Poliuto* y en variedad de tonos, segun el estado de la atmósfera, ponía tambien en conocimiento de la madre acongojada lo incomodado que con el rapaz se hallaba el señor cura, porque todos los chicos de la aldea, aun los menores que Perico, sabian ayúdar á misa, y hasta *echar* un *Gloria*, que daba gloria de Dios oírle, mientras Perico, que no mostraba inclinación á

tirar por la iglesia, como suele decirse, se tiraba sobre la yerba que crece delante del convento, á ver el sol, por no perder la costumbre.

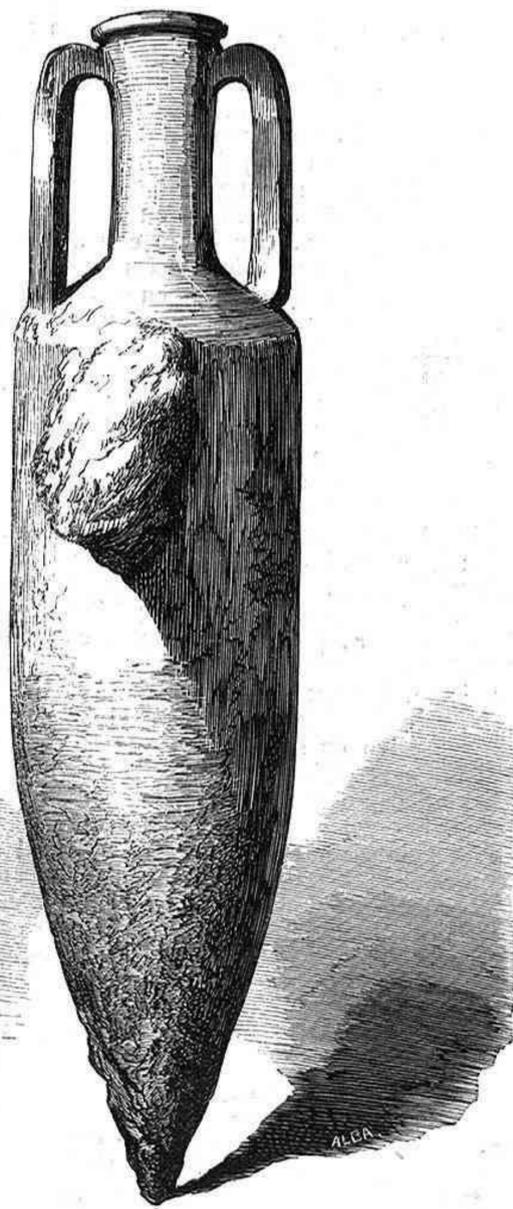
El maestro, un si es no es interesadillo, hacia todas esas y aun otras muchas advertencias á la tia Antona, porque ésta, con la esperanza de que al cabo pudiera el maestro hacer carrera de su hijo, solia, para robustecer el principio de la autoridad del magisterio, mandarle algun rico pernil, algun plato de sabrosas morcillas, aderezadas limpiamente por sus propias manos y acompañadas del redondo y orondo *butiello*, no faltando por San Juan su cesta de peras y cerezas, y por San Miguel de los mas escogidos higos de la higuera que cerca de la casa tenia y que iban, destilando miel, á dulcificar la severa palabra del maestro. Este, desde los primeros dias de agosto, empezaba ya á custodiar á su modo la higuera del tio Juan; y temiendo que le faltase su parte de la melosa fruta si no se contenian las irrupciones vandálicas de los muchachos, presentábalas en sus discursillos de historia sagrada, el árbol de la tia Antona como un fiel traslado del árbol prohibido por Dios á nuestros primeros padres, con lo cual bastaba para que los chicos cayesen en la tentacion, sin necesidad de otra Eva que les indujese á dar el asalto.

Llegó al fin un dia en que el maestro, que aunque golosillo, era hombre de conciencia, no pudo menos de manifestar franca y formalmente al tio Juan y á la tia Antona que habia agotado todos sus recursos para hacer entrar en vereda á Perico y que no queria tenerlos engañados, cuando el desengaño estaba tan patente en la absoluta ignorancia del chico, que continuaba en sus trece de querer ver el sol, aunque estuviese nublado.

Los atribulados padres acudieron entonces al padre José, que era el cura de la aldea, hombre tambien de recta conciencia, aunque de ciencia escasa, que les aconsejó hiciesen un esfuerzo para mandar á Perico al colegio de escolapios de Villacarriedo y que, si allí no se verificaba el milagro de quitar á Perico lo mucho que de borrico tenia, renunciasen á su paternal y laudable empeño de hacer al hijo sabio.

Consultó el tio Juan con su caja de ahorros, concertóse al fin el viaje á la montaña, preparó y enmaletó la tia Antona, con lágrimas en los ojos, las ropas del chico, poniendo entre ellas el caton y el catecismo sin principio y sin fin, y los dos esposos vieron á su hijo trasponer las *Conchas* de Pó en una mañana fria de setiembre, en que el sol se negó á salir al encuentro de su amigo Perico, que á lomos de un caballejo tropezon iba restregándose los llorosos ojos, guiado por el tio Plácido, hombre del mismo pueblo, alegre y decididor, que habia conocido frailes en el convento de Celorio, y que ganaba su vida alquilando sus bestias, sabiendo perfectamente el camino que conducia á la tierra de los pasiegos, pues ya habia llevado al mismo colegio de Villacarriedo algunos chicos de familias acomodadas de Llanes.

En estos ligeros antecedentes de Perico, solo me resta decir, que un año despues del viaje (quince contaba ya el rapaz), le devolvieron á sus padres los escolapios de Villacarriedo tan robusto y tan borrico como siempre. Perico habia visto el sol á su sabor tumbado en los prados de Avionzo y en la elevada montaña de



ANFORA ROMANA.

Giniro y sentado á la puerta de la tienda de Prudencio en Selaya y hasta comiendo sendos trozos de queso y de bacalao crudo en la Vega de Pas.

Los reverendos padres escolapios tambien habian agotado con Perico todos los recursos, incluso el que indica el refran que dice: «La letra con sangre entra.» Ni á sangre y fuego entraba la letra en la cabeza de Perico, no por lo dura, sino por lo dispuesta que estaba siempre á recibir, á su modo, los halagos del rubicundo padre del dia, como diria un poeta clasicon. Perico, en la lectura, no habia podido pasar del *Mañana... Bajará... y nunca acababa de bajar la ciencia infusa que le hacia falta; y en cuanto á la escritura,*

palotes siempre y siempre torcidos, con lo cual derechamente llegó á alcanzar el esclarecido nombre de Perico *el de los palotes*. Por *Perico el de los palotes* es ya conocido, cuando fué á buscarle el tio Plácido, que cantando coplas alegres y bebiendo copas que le alegraban, echando *latinajos fraitunos*, que hacian vacilar á Perico sobre el caballejo tropezon, y requebrando graciosamente á las mozas que llevaban cestos de cerezas, de las que tomaba con no menos gracia para sí para el caballero á quien de escudero servia, llegó á la puerta de la casa del tio Juan *Boñicas* á la caída de una hermosa tarde, saliendo á recibir al muchacho la tia Antona, que lloraba de placer porque volvia á ver á su hijo, y de pena porque su hijo volvia lo mismo que habia ido al colegio, es decir, enseñando las grandes orejas de su ignorancia, tostadas por un sol que sabia tomar Perico con la mayor cachaza del mundo; por el sol de la ociosidad, que seca las fuentes de la vida.

(Se continuará)

EDUARDO BUSTILLO.

ANFORA ROMANA,

HALLADA EN SAN POL DE MAR, EN ESTADO DE PETRIFICACION.

La antigualla que representa el grabado, si se considera como objeto del arte industrial, tiene escaso mérito, no pasando de ser un utensilio figurino de la época romano-ibera, para el contenido de líquidos, segun la forma vulgar que aparece de las memorias de aquel tiempo.

Estilábanse á la sazón vasijas de diferentes hechuras y capacidades, cuyo nombre variaba segun ellas: la *lagena*, el *cado*, el *ánfora*, la *diota*, etc. Generalmente eran ventradas, de cuello largo y flanqueado de dos asas rectangulares para pasar una cuerda con que se llevaban en hombros colgando de un travesaño. La *diota* propiamente dicha, servia de cantarilla manual, y solo se diferenciaba de la *lagena* en ser menor; la *ánfora* y el *cado* eran una especie de tinajas oblongas, rematando en punta, ya para hincarse en el suelo, ya para tenerse en pie arrimadas á la pared ó adosadas en hileras. El *ánfora*, mas esbelta, tenia exactamente la figura de la que reproducimos.

El mayor interés de ésta procede del sitio y circunstancias en que se halló.—Los pescadores de San Pol de Mar, vistoso lugarejo de la costa catalana, en el camino de Barcelona á Gerona, distante una legua al E. de Arenys, echaron un dia sus redes, y auguraron buena pesca juzgando por el volumen y peso de lo que en ellas se contenia. Vaciadas en la arena, descubrieron con harta decepcion suya, un objeto informe, envuelto en algas y sedimentos cretáceos, cual trozo de roca arrancado de las entrañas del mar. Limpiado y examinado, resultó ser el jarron de que tratamos, alto de cinco y medio palmos, con su boca muy estrecha entre dos asas paralelas, el cuerpo cilindrico, y formando cono hácia el extremo de su prolongacion. Era pues una verdadera *ánfora romana*, casi sin mella, con ciertas voluminosas protuberancias á manera de esponjas petrificadas, y cubierta toda de una capa lapidea por la accion de las aguas en cuyo seno estuvo durante diez y ocho ó mas siglos, volvia casualmente á la luz para recordar á los contemporáneos una época, una civilizacion, unas costumbres y unos hombres ya bien lejanos de nosotros, y que apenas conocemos solo por noticias de referencia.

Sobre ser interesante como objeto histórico, esto además por la trasformacion que del tiempo ha recibido, prescindiendo de lo que puede convenir á la geografia de la localidad, ya que hallada á poca distancia de la playa, surge desde luego la duda de si vendria al fondo de resultados de algun siniestro marítimo ó si mas bien fue arrebatada del litoral, en cuyo caso habrian cambiado mucho los limites de éste, y tendríamos un nuevo dato para indagar el emplazamiento de San Pablo de *Marítima*, antigua poblacion que no ha dejado vestigio, si bien en la edad media tuvo un monasterio muy celebrado, y que á pesar de la igualdad de nombre era «diversa de San Pol de Mar segun afirman los historiadores.»

No son raras en verdad antiguallas de esta clase encontradas en escavaciones: pero no tememos asegurar que deben ser escasísimas las que, siendo de materia tan frágil, se han conservado por tanto tiempo intactas fluctuando entre las olas y chocando con las rocas, lo cual constituye su verdadero mérito.

Habiendo parado por fortuna en manos del escelenísimo señor don Nicolas Peñalver, justo apreciador de esos calumniados *rejestorios*, sabemos acaba de ser traída á Madrid para el gabinete de antigüedades del ilustrísimo señor don Aureliano Fernandez Guerra, tan distinguido literato como eminente arqueólogo, que, de seguro, apreciará en lo que vale y sabrá dar todo su valor á esta joya especialísima.

J. PUIGGARI.

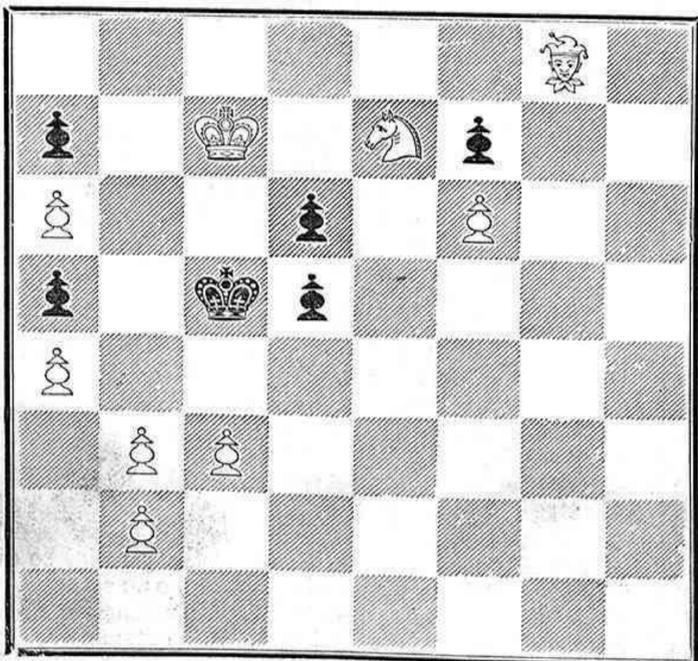
DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD. IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 20.

COMPUESTO POR D. R. PADRÓ Y JOVÉ (DE BARCELONA).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS. LA SOLUCION SE PUBLICARÁ EN OTRO NÚMERO.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 18.

- | | |
|---|------------------------------|
| Blancos. | Negros. |
| 1. ^a C 8 R Jaq. | 1. ^a R 4 C R (A) |
| 2. ^a R 3 A D Jaque á la descubierta. | 2. ^a R 5 C Mejor. |
| 3. ^a T 4 T R Jaq. | 3. ^a R 4 A R |
| 4. ^a T 5 T R Jaq. | 4. ^a R 5 C |
| 5. ^a C 6 A R Mate. | |
| (A) | |
| 1. ^a | 1. ^a R 4 R |
| 2. ^a T 5 T R Jaq. | 2. ^a R 5 R |
| 3. ^a C 6 A R Jaq. | 3. ^a R 5 D |
| 4. ^a A 2 C D Mate. | |

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo, don G. Dominguez, don V. M. Carvajal, don E. de Castro, don A. G. de la Mata, don J. Garcia, don V. Lopez, don Francisco Herrero, de Madrid.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. VIII.

- | | |
|-------------------------------|-------------------------------|
| 1. ^a C 3 A D 5 D | 1. ^a R 4 R |
| 2. ^a A 7 R | 2. ^a R 6 P Juegan. |
| 3. ^a A 6 A R Mate. | |

En este problema el R negro debe estar en 5 D; estamos seguros que los aficionados habrán comprendido que R 4 D no podia menos de ser una errata en razon de estar en jaque con los dos caballos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Señor don J. R. de Oviedo: No hemos publicado su problema por tener dos soluciones, D 1 T conduce directamente al mate en el mismo número de jugadas.